

a los tres seres, los más sagrados para él después de sus padres, las tres cosas de este mundo más hermosas después de Dios, la realeza, la bondad y el genio.

Cuando los espíritus tiernos y débiles han sufrido tamañas pruebas se entristecen para toda la vida, pero los espíritus elevados y fuertes adquieren gravedad. Lemercier aceptó, pues, la vida gravemente.

El 9 termidor había abierto para Francia una nueva era, segunda fase de toda revolución. Después de haber visto como se disolvía la sociedad, Lemercier vió como aquélla se reconstituía. Hizo vida mundana y literaria, estudió y compartió, sonriente a veces, las costumbres de aquella época del Directorio que es a Robespierre lo que la Regencia a Luis XIV, el alegre tumulto de una nación inteligente que escapa al aburrimiento a al miedo, el ingenio, la alegría y la licencia protestando por medio de la orgía contra la tristeza de un despotismo devoto y contra el embrutecimiento de una tiranía puritana. Lemercier, célebre entonces por el éxito de «Agamenón», buscó a los hombres más notables de su tiempo y fué buscado también por ellos. A Ecouchard-Lebrun, le conoció en casa de Ducis, como conociera a Andrés Chenier en casa de la señora Burat. Lebrun quiso tanto a Lemercier que no hizo contra él ni un sólo epigrama. El duque de Fitz-James, y el príncipe de Tayllerand, la señora Lameth y de Florian, la duquesa de Aiguillon y la señora Tallien, Bernardino de Saint-Pierre y la señora Stael lo acogieron con grandes extremos de amistad. Beaumarchais quiso ser su médico. Colocado ya demasiado alto para descender a los exclusivismos de partido, fué amigo al mismo tiempo de David, que había juzgado al Rey, y de Delille que lo había llorado. De ahí que, durante esos años y por efecto del cambio de ideas, con tantas naturalezas distintas, de la contemplación de las costumbres y de la observación de los individuos, nacieron y se desenvolvieron a la par

en Lemercier, para hacer frente a todos los accidentes de la vida, dos hombres—dos hombres libres—un hombre político independiente y hombre literario original.

Un poco antes de esta época, Lemercier había conocido al oficial de fortuna que debía suceder más tarde al Directorio. Sus vidas se codearon durante algunos años. Ambos eran oscuros; uno estaba arruinado el otro era pobre; se le reprochaba al uno su primera tragedia, que era un ensayo de escolar, y al otro su primera acción que era un atrevimiento de jacobino. Sus dos nombres ilustres comenzaron a ser conocidos pero por un mote. Llamábanle al uno el Señor *Mercier Meleagre* y al otro el *general Vendémiaire*. ¡Extraña ley que quiere que en Francia el ridículo haga presa siquiera un instante en todos los hombres superiores! Cuando la señora de Beauharnais pensó casarse con el protegido de Barrás, consultó con Lemercier sobre aquella semi-alianza. Lemercier, que apreciaba al joven artillero de Tolón, la aconsejó favorablemente. Después los dos hombres, el de letras y el de guerra, crecieron casi paralelamente. Obtuvieron sus primeras victorias casi al mismo tiempo. Lemercier dió a la escena su «Agamenón» en el año de Arcole y Lodi, y «Pinto» en el año de Marengo. Antes de Marengo era ya estrecha la amistad entre los dos hombres. El salón de la calle Chantereine (1) había visto a Lemercier leer su tragedia egipcia «Ophis» al general en jefe del ejército de Egipto; Kleber y Desaix la oyeron sentados en un rincón. Baje el Consulado la amistad se hizo mayor aún. Viviendo el primer Cónsul en la Malmaison con esa alegría infantil propia de los verdaderos grandes hombres, solían entrar por la noche en el cuarto donde trabajaba Lemercier, le apagaba la bujía

(1) Por aquellas fechas Napoleón habitaba en una casa de dicha calle de París.—Nota del traductor.



y luego se escapaba riendo a carcajadas. Josefina había confiado a Lemercier su proyecto de matrimonio; el primer Cónsul le confió su proyecto de imperio. Ese mismo día Lemercier sintió que había perdido un amigo, ya que no admitía un amo. Nadie renuncia con indiferencia a la igualdad con un hombre como Bonaparte. El poeta se alejó dignamente. Puede decirse que fué el último hombre que tuteó en Francia a Napoleón. El 14 floreal del año XII, el día mismo en que el Senado daba por primera vez al elegido de la nación el título imperial de *Sire*, Lemercier, en una carta memorable, le llamaba familiarmente por este gran nombre *Bonaparte*.

Esta amistad, a la que hubo de suceder la lucha, honra a ambos. El poeta no era indigno del capitán. Lemercier era un raro y hermoso talento. Hoy tenemos más razones que nunca para decir que su monumento está terminado, hoy que el edificio construido por su espíritu ha recibido ya esa última piedra fatal que la mano de Dios coloca sobre todos los trabajos de los hombres.

No esperéis, ciertamente, de mí que siga página por página esa obra inmensa y múltiple que, como la de Voltaire, lo abraza todo, la oda, el apóstrofe, el apólogo, la canción, la parodia, la novela, el drama, la historia y el pasquín, la prosa y el verso, la traducción y la invención, la enseñanza política, la enseñanza filosófica y la enseñanza literaria: vasto amasijo de volúmenes y folletos que coronan con cierta majestad diez poemas, doce comedias y catorce tragedias; rica y fantástica arquitectura, a veces tenebrosa, a veces vivamente iluminada, bajo las arcadas de la cual aparecen extrañamente mezclados en un claro-oscuro singular todos los fantasmas imponentes de la fábula, de la Biblia y de la historia. Atrida, Ismael, el levita de Ephraim, Licurgo, Camilo, Clovis, Carlomagno, Beaudouin, San Luis, Carlos VI, Ricardo III, Richelieu, Bonaparte, denominados todos por estos cua-

tro colosos simbólicos esculpidos en el frontis de la obra, Moisés, Alejandro, Homero y Newton, esto es por la legislación, la guerra, la poesía y la ciencia. Este grupo de figuras y de ideas que el poeta llevaba en su espíritu y que ha ido dejando en nuestra literatura, este grupo, señores, está lleno de grandeza. Después de haber trazado la línea principal de la obra, permitidme señalar ahora algunos detalles salientes y característicos; esa comedia de la revolución francesa tan viva, tan espiritual, tan irónica y tan profunda; ese «Plauto» que difiere del «Harpagon» en que, como lo dice ingeniosamente el autor, *el protagonista de Moliere es un avaro que pierde un tesoro, y mi protagonista es Plauto que encuentra un tesoro*; ese «Cristóbal Colón» donde la unidad de lugar está tan rigurosamente observada, pues la acción se sucede en el puente de un navío, como audazmente violada, puesto que ese navío—casi he dicho ese drama—va del antiguo mundo al nuevo mundo; esa «Fredegunda» concebida como un sueño de Crebillón, y ejecutada como un pensamiento de Corneille; esa «Atlántida» en que aparece radiante la naturaleza, aunque interpretada según la ciencia más que según la poesía; en fin ese último poema del hombre dado por Dios en espectáculo a los demonios, esa «Panhipocresiade», que es, en conjunto, una epopeya, una comedia y una sátira, especie de quimera literaria, especie de monstruo con tres cabezas, que canta, ríe y ladra...

Después de haber apreciado todos estos libros, después de haber subido y bajado la doble escalera construida por Lemercier, para él solo quizás, mediante la cual el pensador se hundía en el infierno o penetraba en el cielo, es imposible, señores, no sentir en el corazón una simpatía sincera hacia esa noble y trabajadora inteligencia que, sin duda, ha ofrecido insuperables ideas al soberbio gusto francés tan difícil de satisfacer; filósofo al modo de Voltaire, que a veces ha sido poeta a lo



Shakespeare; escritor precursor, que dedicaba epopeyas a Dante cuando Dorat reverdecía bajo el nombre de Demoustier; espíritu de vasta envergadura con una ala en la tragedia primitiva y otra ala en la comedia revolucionaria, que alcanza por «Agamenón» al poeta de Prometea y por «Pinto» al poeta de Figaro.

El derecho de crítica, señores, parece a primera vista emanar naturalmente del derecho a la apología. El ojo humano—¿Será perfección?, ¿será defecto?—busca siempre el lado malo de las cosas. Boileau no elogió sin reservas a Moliere. ¿Honra esto a Boileau? Lo ignoro, pero así es. Hace doscientos treinta años que el astrónomo Fabricius encontró manchas al sol; hace dos mil doscientos años que el gramático Zoilo las había encontrado en Homero. Parece, pues, que yo podría aquí, sin ofender vuestros usos y sin faltar a la respetable memoria de aquel cuyo penegírico hago, mezclar algunos reproches a mis alabanzas, y adoptar ciertas precauciones conservadoras en interés del arte. Sin embargo, no lo haré, señores. Y vosotros mismos reflexionaréis en que si, por azar, yo, que no puedo por menos de permanecer fiel a las convicciones de toda mi vida altamente proclamadas, formulase una restricción respecto de M. Lemercier, esta restricción habría de referirse principalmente a un punto delicado y supremo, la condición que en mi sentir abre o cierra al escritor las puertas del porvenir, esto es el estilo. Comprenderéis, pues, mi reserva y aprobaréis mi silencio. Además, ¿no debo repetir lo que al principio dije? ¿quién soy yo?, ¿quién me ha dado facultades para resolver cuestiones tan complejas y tan graves? ¿Por qué mi convicción y mi certidumbre han de ser autoridad decisiva para otro? Solo la posteridad—y también es ésta una de mis convicciones—tiene el derecho definitivo de crítica y sentencia sobre los talentos superiores. Solo ella, que ve la obra en su conjunto, en su proporción y en

su perspectiva, puede decir donde erraron y decidir si fracasaron o no. Para desempeñar ante vosotros el papel augusto de la posteridad, para dirigir un reproche o una censura a un gran espíritu se necesitaría ser o creer ser un contemporáneo eminente. Yo no tengo la dicha de ese privilegio ni la desdicha de esa pretensión.

Además, señores, y a esto hay que ir a parar siempre que se hable de Lemercier, sea el que fuere su brillo literario, su carácter era más completo aun que su talento.

Desde el día en que él creyó de su deber combatir cuanto le parecía injusticia hecha gobierno, sacrificó a esta lucha su fortuna, que recobraría después de la revolución y que el imperio le confiscó otra vez, sus placeres, su descanso, esa seguridad exterior que es como la muralla del bienestar doméstico, y, ¡cosa admirable en un poeta!, hasta el éxito de sus obras. Jamás poeta alguno ha hecho combatir tragedias y comedias con más heroica bravura. El enviaba sus producciones a la censura como un general envía sus soldados al asalto. Un drama suprimido era inmediatamente reemplazado por otro que, a su vez, corría la misma suerte. Yo he tenido la triste curiosidad de averiguar y de evaluar el perjuicio causado por esta lucha al renombre y fama del autor de «Agamenón». ¿Queréis saber el resultado de mi información? Heo aquí. Sin contar «El levita de Ephraim» tachado por el Comité de Salud pública, como peligroso para la filosofía, «El Tartufo revolucionario» proscrito por la Convención como contrario a la república, «La demencia de Carlos VI», prohibido por la restauración como hostil a la monarquía; sin detenerme en «El Corruptor», silbado, dícese que por los guardias de corps en 1823, limitándome a los actos de la censura imperial, he aquí lo que he encontrado: «Pinto», representada veinte veces y prohibida luego; «Plauto», representada siete veces, luego prohibida; «Cristóbal Colón» representada on-



ce veces, militarmente, por decirlo así, ante un público de bayonetas, y prohibida también más tarde; «Carlomagno», prohibida; «Camila», prohibida. En esta guerra, vergonzosa para el poder y enaltecedora para el poeta, le mataron a Lemercier, cinco grandes dramas.

Durante algún tiempo abogó por sus derechos y por sus ideales, mediante enérgicas reclamaciones enviadas directamente a Bonaparte mismo. Cierta día, en medio de una discusión delicada y casi molesta, el amo se interrumpió y dijo bruscamente a Lemercier: «¿Qué tiene V.; se pone V. encarnado?» —«Y V. pálido»—replicó orgüellosamente Lemercier —«es nuestra manera especial de ponernos cuando alguna cosa nos irrita; yo enrójezco y V. palidece». Pronto cesó de ver al emperador; sin embargo, una vez, en enero de 1812, en la época culminante de las prosperidades de Napoleón, algunas semanas después de haberle tachado la censura su «Camila», en un momento en que desesperaba ya de ver representar sus obras mientras durase el imperio, tuvo que asistir como miembro del Instituto a una ceremonia en las Tullerías. Apenas le vió Napoleón se dirigió hacia él diciéndole: Y bien, señor Lemercier, ¿cuándo nos daréis otra bella tragedia? Lemercier miró fijamente al emperador y pronunció esta sola frase: «Pronto. La espero». Frase terrible, frase profética más que frase de un poeta, frase que, pronunciada a principios de 1812, contenía Moscou, Waterloo y Santa Elena.

Sin embargo, en aquel corazón severo y silencioso no estaba extinguido todo sentimiento de simpatía hacia Bonaparte. En sus últimos tiempos, la edad había avivado más que ahogado la chispa del cariño. El año pasado, casi en esta época, cierta bella mañana de mayo, se esparció por París el rumor de que Inglaterra, avergonzada al fin de lo que hiciera en Santa Elena, devolvía a Francia el ataúd con el cuerpo de Napoleón. Lemercier,

que estaba enfermo hacía ya un mes, pidió un periódico en el que se anunciaba que una fragata iba a hacerse a la vela para Santa Elena. Pálido y tembloroso leyó el viejo poeta. Una lágrima brilló en sus ojos cuando se le dijo que el general Bertrand iría a buscar al emperador, su amo, y exclamó: «Y yo, si pudiera iría también a buscar a mi amigo el primer cónsul.»

Ocho días después falleció Lemercier.

Su respetable viuda, al contarme los detalles de la muerte del poeta me dijo: «El pobre no ha ido a buscarle; ha hecho más, ha ido a reunirse con él».

Acabamos de abarcar con la mirada toda esta noble vida; saquemos ahora la enseñanza que ésta encierra.

Lemercier es uno de esos hombres raros que obligan al espíritu a formular, y ayudan al pensamiento a resolver este grave y hermoso problema:

¿Cuál debe de ser la actitud de la literatura frente a la sociedad según las épocas, según los pueblos y según los gobiernos?

Hoy el viejo trono de Luis XIV, el gobierno de las asambleas, el despotismo de la gloria, la monarquía absoluta la república tiránica, la dictadura militar, todo eso se ha desvanecido. A medida que nosotros, generaciones nuevas, bogamos de año en año hacia lo desconocido, los tres inmensos objetos que Lemercier encontró en su ruta y que amó, observó y combatió sucesivamente, ahora inmóviles y muertos, se hunden poco a poco en la espesa bruma del pasado. Los reyes de la rama directa ya sólo son sombras, la Convención solo es ya un recuerdo, el emperador no es ya más que una tumba.

Solo las ideas que contenían han sobrevivido, que la muerte y la ruina solo sirven para desgajar este valor intrínseco y esencial de las cosas que es como el alma de ellas. Dios pone a veces ideas en ciertos hechos y en ciertos hombres como



perfumes en un vaso. Cuando el vaso cae la idea se esparce.

Señores, la rama mayor de la Monarquía contenía la tradición histórica, la Convención contenía la expansión revolucionaria y Napoleón contenía la unidad nacional. De la tradición nace la estabilidad, de la expansión nace la libertad, de la unidad nace el poder. Y, la tradición, la unidad y la expansión, o, en otros términos, la estabilidad, el poder y la libertad, son la civilización misma. La raíz, el tronco y la hoja son todo el árbol.

La tradición conviene a este país. Francia no es una colonia convertida en nación violentamente; Francia no es una América. Francia forma parte integrante de Europa y no puede romper con el pasado, como no puede romper con el sol. Por eso, a mi juicio, y con admirable instinto, la última revolución, tan grave y fuerte e inteligente, ha comprendido que las familias coronadas existen para las naciones soberanas y que, en ciertas edades de las razas reales, conviene substituir a la herencia de príncipe a príncipe, la herencia de rama a rama; por eso, y con profundo buen sentido, ha escogido para jefe constitucional a un antiguo lugarteniente de Dumouriez y de Kellermann, que al propio tiempo era nieto de Enrique IV y sobrino nieto de Luis XIV; por eso, y con alta razón, ha transformado en joven dinastía a una vieja familia monárquica y popular juntamente, llena del pasado por su historia y llena del porvenir por su misión.

Pero si la tradición histórica conviene a Francia, no le importa menos la expansión liberal. La expansión de las ideas es un movimiento peculiar de ella. Francia existe por la tradición y vive por la expansión. No permita Dios, señores, que al recordaros antes cuán poderosa y soberbia era la Francia hace treinta años haya tenido yo un solo instante la intención de rebajar, humillar o desesperanzar por el supuesto de un pretendido contras-

te, a la Francia presente. Podemos decir con calma y sin necesidad de levantar la voz por una cosa tan sencilla y verdadera, que Francia es tan grande hoy como jamás lo haya sido. Después de cincuenta años que, al comenzar su propia transformación, empezó el rejuvenecimiento de todas las sociedades envejecidas, Francia parece haber hecho dos partes iguales de su tarea y de su tiempo. Durante veinticinco años ha impuesto sus armas a Europa, luego, y durante otros veinticinco años, la ha impuesto sus ideas. Por su prensa gobierna los pueblos; por sus libros gobierna los espíritus. Si no tiene la conquista, esa dominación por la guerra, tiene la iniciativa, esa dominación por la paz.

Ella es la que redacta el orden del día del pensamiento universal. Lo que ella propone discútelo inmediatamente la humanidad entera; lo que ella decide se convierte en ley. Su espíritu se introduce poco a poco en los gobiernos y los sana. De ella proceden todas las palpitaciones generosas de los otros pueblos, todos los cambios insensibles del mal al bien que se cumplen en este momento entre los hombres y que evitan a los Estados las sacudidas violentas. Las naciones prudentes y que se preocupan del porvenir intentan infiltrar en su vieja sangre la útil fiebre de las ideas francesas, no como una enfermedad, sino, tolerad la expresión, como una vacuna que inocular el progreso y que preserve de las revoluciones. Quizás los límites materiales de Francia se hayan restringido momentáneamente, no sobre el mapa mundi eterno en que Dios ha determinado los compartimientos por medio de ríos, océanos y montañas, sino sobre esa otra carta efímera, embadurnada de rojo y azul, que la victoria o la diplomacia rehacen cada veinte años. ¡Qué importa! En un tiempo dado, el porvenir coloca siempre todo bajo la muela de Dios. La forma de Francia es fatal. Y, además, si las coaliciones, las reacciones y los congresos han formado una Francia, los poetas y los escritores han



formado otra. Aparte sus fronteras visibles, la gran nación tiene sus fronteras invisibles que solo se detienen allá donde el género humano deja de hablar su lengua, esto es, en los límites mismos del mundo civilizado.

Todavía algunas palabras más, señores, unos instantes de benévola atención y habré terminado.

Como veis, no soy yo de los que desesperan. Perdónese me esta debilidad; yo amo a mi país y mi época. Dígase lo que se quiera, yo no creo en la debilitación gradual de Francia, ni en la disminución progresiva de la raza humana. Me parece que esto no puede entrar en los designios del Señor, que sucesivamente ha hecho una Roma para el hombre antiguo, y un París para el hombre moderno. El dedo eterno, visible en toda cosa, me jura perpétuamente el universo por el ejemplo de las naciones escogidas y las naciones escogidas por el trabajo de las inteligencias selectas. Sí, señores, aunque disguste al espíritu de la diatriba y del escarnio, ese ciego que mira, yo creo en la humanidad y tengo fe en mi siglo; aunque disguste al espíritu de la duda y del examen, ese sordo que escucha yo creo en Dios y tengo fe en su Providencia.

No, nada ha degenerado en nosotros. Francia sostiene siempre la antorcha de las naciones. Yo pienso que esta época es grande—¡yo que nada soy tengo el derecho de decirlo!—y es grande por la ciencia, grande por la industria, grande por la elocuencia y grande por la poesía y el arte. Los hombres de las nuevas generaciones (hágaseles esta justicia tardía siquiera por el menos digno y el último de entre ellos) los hombres de las nuevas generaciones han continuado piadosa y valientemente la obra de sus padres. Después de morir el gran Goethe el pensamiento alemán se hundió en la sombra; después de la muerte de Byron y Walter Scott se extinguió la poesía inglesa: a estas horas solo existe en el universo una escuela literaria

que alumbra y vive, la literatura francesa. Solo se leen libros franceses desde Petersburgo a Cádiz, y desde Calcuta a Nueva York. En toda la superficie de los tres continentes, allí donde germina una idea, puede decirse que la ha sembrado un libro francés. ¡Honor, pues, a los trabajadores de las generaciones nuevas! Los poderosos escritores, los nobles poetas, los maestros eminentes que se hallan entre vosotros contemplan con dulzura y gozo el surgir de nuevas famas en el campo eterno del pensamiento. ¡Que ellas a su vez, miren con confianza hacia este recinto!, pues, como decía hace once años en su discurso de recepción mi ilustre amigo el señor de Lamartine, «vosotros no dejaréis ninguna en el suelo».

Pero tampoco deben olvidar esos jóvenes renombrados, esos hermosos talentos continuadores de la gran tradición francesa, que a nuevos tiempos corresponden nuevos deberes. Hoy la labor del escritor es menos peligrosa que antaño, pero no es menos augusta. No hay que defender la realeza contra el cadalso como en 93, o la libertad como en 1810, pero sí hay que propagar la civilización. Ya no es preciso entregar la cabeza, como Andrés Chénier, ni sacrificar la propia obra, como Lemercier, basta entregar el pensamiento.

Entregar el pensamiento—permitidme que repita aquí solamente lo que siempre he dicho y escrito, lo que nunca ha cesado de ser mi regla, mi ley, mi principio y mi fin—dedicar el pensamiento al desarrollo continuo de la sociabilidad humana; desdénar al populacho y amar al pueblo; respetar en los partidos, aún apartándose de ellos algunas veces, las innumerables formas que tiene el derecho de adoptar la iniciativa múltiple y fecunda de la libertad, aguardar en el poder, aun resistiéndole en caso necesario, el punto de apoyo, divino según los unos, humano según los otros, misterioso y saludable según todos, sin el cual toda la sociedad vacila; confrontar de cuando en cuando las leyes



humanas con la ley cristiana y la penalidad con el evangelio; ayudar a la prensa con el libro siempre que trabaje en el verdadero sentido del siglo; dar ánimos constantemente y mirar con simpatía a esas generaciones todavía cubiertas de sombras que languidecen faltas de aire y de espacio, a las que oímos llamar tumultuosamente con sus pasiones, sus sufrimientos y sus ideas a las puertas cerradas del porvenir; valerse del teatro para comunicar a la multitud, entre risas y lágrimas, a través de las solemnes lecciones de la historia y de las altas fantasías de la imaginación, esa emoción tierna y conmovedora que se resuelve en el alma de los espectadores en piedad para la mujer y en veneración para el viejo; infundir la naturaleza en el arte como la savia misma de Dios; en una palabra, civilizar a los hombres por la radiante calma del pensamiento sobre sus cabezas, he ahí, señores, la misión, la función y la gloria del poeta de hoy.

Esto que digo del poeta solitario, del escritor aislado lo diría de vosotros, señores, si me atreviese. Vosotros poseéis una influencia inmensa sobre los corazones, sobre las almas. Vosotros representáis uno de los principios centrales de ese poder espiritual, que, después de Lutero, se ha desplazado y que, después de tres siglos, ha cesado de pertenecer exclusivamente a la Iglesia. En la civilización actual ejercéis dos dominios; el dominio intelectual y el dominio moral. Vuestros premios y vuestras coronas no alcanzan sólo al talento, sino a la virtud también.

La Academia francesa se halla en perpetua comunión con los espíritus especulativos, por sus filósofos, con los espíritus prácticos por sus historiadores; con la juventud, con los pensadores y con las mujeres por sus poetas, con el pueblo por el idioma que forma, refina y pule. Vosotros estáis colocados entre los grandes cuerpos del Estado y a su nivel para completar su acción, para iluminar todas las sombras sociales y para hacer llegar el

pensamiento, esa potencia sutil y, por decirlo así, respirable, allí donde no puede penetrar el código, ese texto rígido y material. Los otros poderes aseguran y reglamentan la vida exterior de la nación, vosotros gobernáis la vida interior. Ellos hacen las leyes vosotros las costumbres.

Sin embargo, señores, no vayamos más allá de lo posible. Ni en las cuestiones religiosas, ni en las cuestiones sociales ni hasta en las cuestiones políticas nadie posee la solución definitiva. El espejo de la verdad se rompió entre las sociedades modernas y cada partido ha recogido un pedazo de ese espejo.

El pensador trata de reunir esos fragmentos, rotos en las más extrañas formas, algunos manchados de cieno, otros de sangre. Para ajustarlos como se pueda y encontrar la verdad total basta un sabio; para soldarlos y reconstituir la perdida unidad, se necesitaría de Dios.

Nadie se ha parecido tanto a ese sabio—sufrid, señores, que para terminar pronuncie un nombre venerable hacia el cual he sentido siempre una piedad sincera—nadie se ha parecido más a ese sabio que el notable Malesherbes, que lo fué todo a la vez, un gran letrado, un gran magistrado, un gran ministro y un gran ciudadano.

Pero vino al mundo demasiado pronto, porque era más bien el hombre destinado a cerrar las revoluciones que a inaugurarlas.

La absorción insensible de las conmociones del porvenir por el progreso del presente, el endulzamiento de las costumbres, la educación de las masas por las escuelas, los talleres y las bibliotecas, la mejora gradual del hombre por la ley y por la enseñanza, he ahí el grave objetivo que debe proponerse todo buen gobernante y todo pensador verdadero; he ahí la tarea que se impuso Malesherbes durante sus breves etapas ministeriales.

Desde 1776, previendo la tormenta que diez y siete años más tarde lo arrasaba todo, se preo-



cup, de asentar la vacilante monarquía sobre aquel sólido fundamento. Así hubiera salvado al Estado y al rey si el cable no su hubiera roto. Pero —y que esto sirva para animar a quien quiera imitarle— si Malesherbes pereció, su recuerdo ha permanecido indestructible, en la memoria tormentosa de un pueblo en revolución que todo lo olvidaba, como queda sobre el fondo del oceano, medio hundida en la arena, la vieja áncora de hierro de un navío perdido en la tempestad.



### LORD BYRON

Nos hallamos en junio de 1824. Lord Byron acaba de morir. Nos preguntan qué pensamos de lord Byron, y de lord Byron muerto. ¿Qué puede importar nuestra opinión? ¿De qué servirá el escribirla? a menos de suponer que es imposible para todo hombre inteligente dejar de proferir algunas palabras dignas de ser conservadas ante un poeta tan trascendental, y ante un acontecimiento tan grande. Según las ingeniosas fábulas del Oriente, una lágrima se convierte en perla al caer dentro del mar.

En la existencia singular que llevamos por la afición a las letras, en la bonancible región en que nos ha colocado el amor de la independencia y de la poesía, ha debido afectarnos la muerte de Byron lo mismo que una calamidad doméstica. Es una de aquellas desgracias que de más cerca podían afligirnos. Un hombre que ha consagrado su vida al culto de las letras, siente que se le va estrechando a su alrededor el círculo de su vida física, al propio tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un reducido número de seres predilectos ocupa los afectos tiernos de su corazón, mientras que todos los poetas muertos o contemporáneos, extranjeros y compatriotas, entran en el sagrario de los afectos del alma. La naturaleza le había dado una familia, la naturaleza le crea otra. Sus simpatías, que tan pocos seres pueden despertar en torno de él, van a buscar por entre el